

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse
al Apartado de Correos 347.



FRUTA DEL TIEMPO

—Mira, Inacia, es imposible aguantar tus desigencias y tu chunga. ¿Qué más quieres que haga por ti, si me llevas y me traes mismamente como el tranvía de Ventas á Sol en día de toros?

—Si ya sé yo que te esfuerzas por osequiarme!

—¡Reconcho!

Bien clara tienes la prueba; hace días que montamos en coche, y en la verbena lucistes los abalorios que te he comprado: la pulsera de piel con hora, el collar de Benicia, las peinetas de cauchú, las arracás que merqué por dos pesetas en un baratillo, el dije de acero oxidado con letras mayúsculas, los zapatos de lona con sus punteras de cuero, ¿qué más? la blusa calá, con vistas de... seda y alzabaches. Y too eso que te hace á ti ser la reina del barrio de la Latina,

por tu salsa y por tus prendas, ¿no te dice que te quiero más aún que á la última muela que me nació? Vamos, hombre. ¡Es Inacia que te ocecas! Que procuro darte gusto lo sabes por experiencia. —Me acuesto á las siete.

—Bueno.

No sé á qué hora te acuestas; pero como sigas dándome la tabarra, vulgo pelma, vas á lograr que me pira á Lima, y quizás no vuelvas á verme en jamás el pelo. —Me voy á morir de pena. —O de celos.

—¡Se morían!

—Tengo las novias á espuestas.

—Y yo los novios á carros.

—Yo me timo con marquesas.

—Y yo con archiduqueses que en automóvil pasean.

—¡Paseaban!

—¡Lo que oyes!

Y si quieres, haz la prueba; márchate.

—¡Na, y lo declaras con toa tu poca vergüenza!

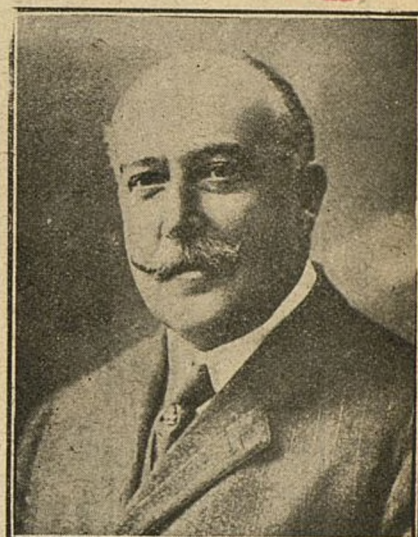
—¡Con la misma que tú dices que hinoticias á las hembras!

—Inacia, vente á razones.



Bozena Vikova Kuneticka, elegida
diputada de Bohemia.

Ayuntamiento de Madrid



Don Fernando Ibáñez Payés, nuevo
alcalde de Valencia.

—Sidonio... ten contumelia, y si es verdá que me quieres, llévame á toas las verbenas; cómprame churros, torraos, avellanas, matasuegras, too lo comprable, y después de pasear en manuela, llévame al baile, que el cuerpo me pide bullanga y juerga. ¿Soy joven? ¡Pues me divierto! Que por algo por mis venas corre sangre de Madriles, que es donde está toa la esencia de la alegría, del baile, del buen humor y... la vértiga.

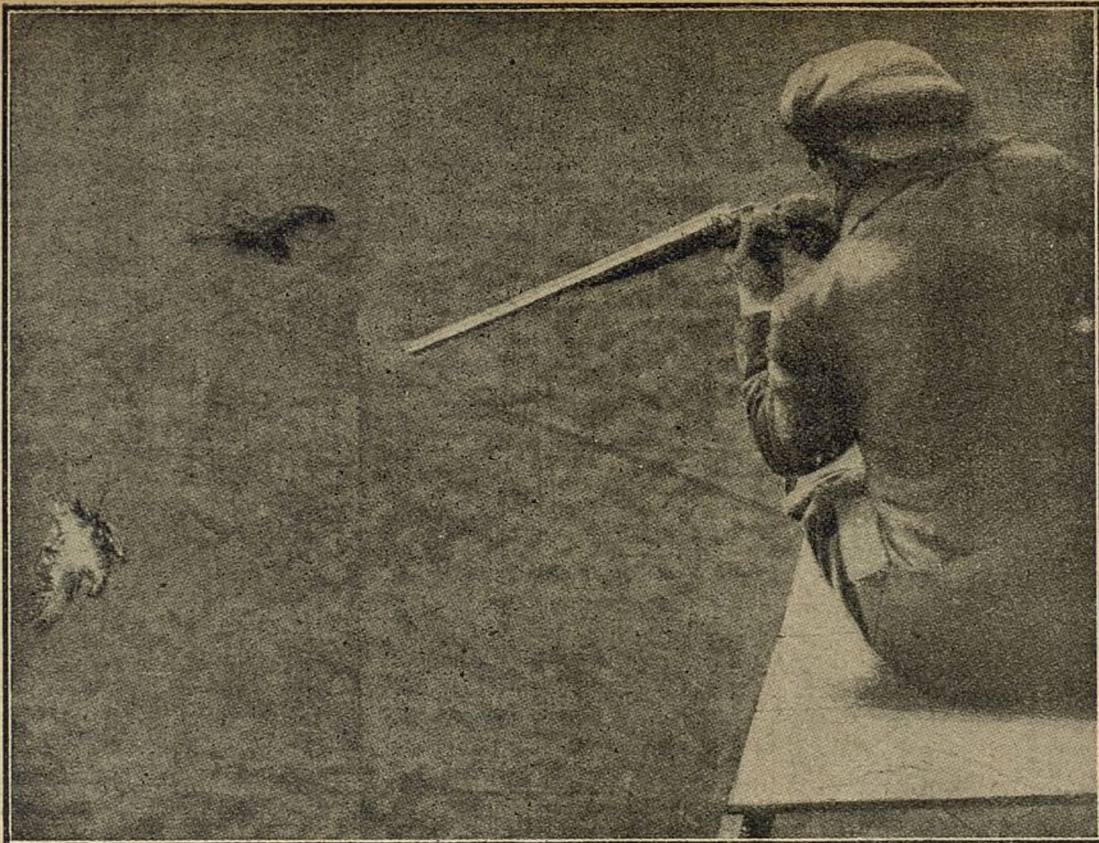
—Choca, Inacia, que has estao lo que se dice más buena que el mostagán. Dende ahora tú y yo declaraos en juerga.

MANUEL MORAGA

Dibujo de UREA.

El crimen del "Viña P"

D. Ramón Falchina Ayán, abogado defensor de Benjamín Peña López, autor del asesinato de la "Viña P", nos dirige atenta carta en la que nos suplica que en honor á la verdad hagamos constar que el autor del crimen ha sido condenado á diez y siete años, cuatro meses y un día de cadena temporal; es decir, no con arreglo á la petición de la acusación privada, que era cadena perpetua, sino con arreglo á lo solicitado por el letrado defensor.



En la región de las aves.—Persiguiendo un bando de perdices.

LA CAZA EN AEROPLANO

La caza cambia de aspecto con el progreso.

Desde la caza con las fieras cuerpo á cuerpo de la edad de piedra, hasta la caza moderna, el deporte cinegético ha cambiado mucho. Ahora la caza "último grito", como dicen los galaicos, tiene algo de las cacerías con halcón de la Edad Media; pero ahora el cazador es el que hace de halcón con caperuza y todo.

Ya se caza en aeroplano. Y tiene que ser un deporte doblemente agradable y emocionante por partida doble. Al placer de la aviación va unido el placer de exterminar conejos, liebres, perdices y avefrías.

Los conocidos aviadores Martinet y Legagneux dispusieron una cacería en aeroplano, para lo cual instalaron en la parte delantera del aparato una plataforma saliente donde, colocado á hoccajadas el tirador con el fusil preparado pudiera inspeccionar el aire y el terreno, mientras que el piloto, sentado detrás de él escuchaba sus órdenes y manejaba el biplano.

Un periodista, amigo de ambos se encargaría del cuidado del perro.

Así, pues, Martinet, con la escopeta; Legagneux, pilotando, y el periodista, en la retaguardia, parten para la caza aérea.

Vuelan á cincuenta metros de altura, es mucha la altura. Descienden un poco, y ven un numeroso bando de perdices. Al llegar á 15 metros del suelo, las aves se asus-



Al oír los disparos, un gendarme da la orden de aterrizar.

tan con el motor y vuelan alocadas.

El biplano gira á derecha é izquierda, las persigue sin cesar, más rápido que ellas; suena un tiro y cae una perdiz; el perro ladra. Aterrizan, el perro salta y trae una magnífica perdiz. Con dos más una buena cena, por aquello de que "para tres perdices tres".

Busquemos una liebre, lo que no es tan fácil.

Recorremos el terreno, que es muy propicio para la caza, husmeamos, miramos todo el suelo. Los ojos nos duelen; se nos llenan de lágrimas, y la liebre no parece. Vemos conejos en abundancia y buen número de codornices. Liebre hemos dicho, y liebre ha de ser.

En efecto, al cabo de algún tiempo, sale, asustado por el ruido del motor, un hermoso ejemplar. Corre veloz, y nosotros tras ella; mas como corre en zig-zag, á pesar de la maestría del piloto en los virajes, nos ganó terreno; pero perdimos de vista el objeto del segundo plato de la cena. Vamos volando á poquísima altura del suelo, tres metros apenas.

El animalito, cansado de aquella carrera de 500 metros á una velocidad enorme, es alcanzado. Martinet dispara, casi á boca de jarro, y la liebre, dando una voltereta, cae muerta. El perro ladra, el periodista lo suelta, y salta sobre la presa. Esta vez no nos trae la presa, y tenemos que ir en su busca. No es que la liebre se defiende, pues está bien muerta; pero es enorme, colosal, un mag-



¡Fuego! Y el perro preparado para saltar á tierra.

—Señor aviador, ¿vuestra licencia de caza?

nífico ejemplar que nos permitirá convidar á un par de personas más á la cena; pesa unas diez libras, y el pobre perro no puede con ella.

Satisfechos de la cacería, pensamos regresar al hangar; remontamos el vuelo, mas á poco, un gendarme nos grita:

—¡Alto, señores. Aterricen!

Bajamos, y como tenemos nuestra licencia de caza, se la enseñamos al momento.

—Las licencias están bien, pero yo no sé si tienen ustedes derecho á tirar de arriba á abajo. Si todo el mundo hace lo mismo...

—Si todo el mundo hace lo mismo, interrumpe Legagneux, se gastarán menos las suelas de las botas.

—Bromitas aparte, dice el severo guardador de la ley. Vengan nombres, apellidos, profesión, etcétera, é iré á consultárselo al alcalde.

El esclavo de su deber se va al

pueblo, y nosotros, al vernos libres, levantamos el vuelo, y corremos veloces á través de un cielo límpido y magnífico.

Esta noche, cené de gala en el campo de aviación.

Hay que hacer un extraordinario, y mojar con buenos vinos la perdiz y la liebre. Al fin y al cabo, somos los iniciadores de un nuevo deporte.

A festejarlo, que bien vale la pena.

¡Pobres animales! En cuanto los cazadores sepan lo divertido de la cacería en aeroplano y lo fácil y seguro del tiro, no va á quedar animal de pluma ni de pelo.

La verdad es que la desgracia de unos hace la felicidad de los otros.

No cabe duda que debe ser un entretenimiento precioso, y que el que

ha cazado así una vez, no quiere volver á destrozarse los pies y rendirse de fatiga, cazando como los demás mortales.

¿Que ofrece peligros?

Sí, pero no es por la caza. La aviación, aun sin cazar, es peligrosa; con una escopeta, y pensando en una suculenta cena, ¿quién se acuerda del peligro?

Después de esto, la caza del ciervo, del paletó, del jabalí, volando en un aeroplano á velocidades de 80 kilómetros por hora, dominando las alturas, venciendo al gamo en ligereza de piernas.



Un buen disparo. Dos piczas de dos tiros.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA EN BROMA

Las modistas y señoritas que durante el invierno último prestaron oídos a los estudiantes enamorados y las patronas que durante ese tiempo han cedido a los mismos un gabinete ó alcoba con ó sin, están profundamente abatidas.

El curso ha terminado, y las pobre-citas se quedan solas y sin amores ni huéspedes. Por las varias líneas férreas se les escapa la vida á borbotoños, hasta que en Octubre, esos jóvenes vuelvan, tostados por el



ESTEVANILLO

sol, y reanuden los coloquios de amor y las comidas sin principio.

La vida de nuestra juventud escolar es así. Campaña veraniega al lado de la familia en estío, y campaña de invierno en la capital para aprobar tres ó cuatro asignaturas, destrozarse varios corazones y atiborrarse de filetes y judías.

Yo no sé quién sentirá más la separación, si ellos ó ellas.

¡Pobres muchachas!... ¡Qué tristeza deben experimentar al salir del obrador y no encontrar al estudiante, zalamero y retozón, que las colmaba de galansterías!... ¡Qué pena tan grande los domingos, cuando van al cine solas!... ¡Solas en un cine!...

¡Qué ganas de descrimarse

¡Dios mío, cuántos amigos tengo yo en estos instantes heridos y magullados por no querer imitarme!

El uno, Juanito Porra, que es un muchacho elegante, por montar en bicicleta se descrismó la otra tarde.

Primitivo Cervatana lleva ya sin levantarse tres semanas, por efecto de un vuelco del carruaje.

Doña Indalecia Carroña está llena de vendajes, por viajar en diligencia á la usanza de sus padres.

Y por montar, presumido, un rocín de mucha sangre, está también hecho polvo mi vecino Rufo Catre.

Porque hoy yo creo que el cine y un estudiante constituyen, para las muchachas, el "sumum" de la felicidad. Una película con el novio al lado es algo así como trasunto del Paraíso, ¡algo que no se puede decir con palabras!

Pero si lástima me dan ellas, no crean ustedes que dejo de compadecerme de ellos. ¡También los pobres estudiantes pasan las suyas!...

No es sólo el trato con las patronas, la carencia de dinero, la escasez de tabaco... ¡Son también los exámenes!... ¡Oh, los exámenes!... ¡Habría suplicio mayor?...

Hay profesores que gozan torturando al infeliz escolar que se examina. Y en un Tribunal de Derecho, le preguntan á lo mejor:

—Si usted vive en el piso segundo de una casa que se incendia, y en la escalera pide auxilio á un aguador que baja del tercero con la cuba al hombro, ¿comete éste algún delito si no la vierte para sofocar las llamas?...

El alumno, que no había previsto el caso ni está en aquel momento para discutir, se agita y desazona, y por fin contesta, á la buena de Dios:

—Sí, señor.

—¡No, señor!—replica el profesor malhumorado—. Porque como baja ya del tercero, trae la cuba vacía.

El alumno se queda como si el agua se le hubiera echado á él por la nuca.

Otro caso—añade el profesor sin dejarle reponer—. Un preso encuentra un día la puerta de la cárcel abierta, sin vigilantes ni carceleros...

Aprovechando tan feliz coyuntura, huye. ¿Qué delito ha cometido?

Repítase la escena. El examinando está mudo, pálido, nervioso, sin atreverse á decir ni una palabra. Por fin, tras un silencio prolongado, el profesor dice:

—¡Ninguno! Porque sería un tonto si, pudiéndose escapar, no lo hiciera... ¡Ea! ¡Retírese usted!

El chico se va automáticamente y con los pelos de punta.

—A ver; dígame usted—le decía un profesor á un alumno andaluz—. Díganos usted la división de los juicios de Kant.

¡Hay más!... Por causa de un cho-
contra un árbol, en Getafe, [que
Pedro Lacha y Rosa Gordo,
amigos de oxigenarse
que suelen, en automóvil,
hacer prolongados viajes,
están con los huesos rotos
y con lesiones muy graves,
que les impiden seguir
echando una cana al aire.

Y mi sobrino Gil Saña,
que acababa de casarse,
sufrió un descarrilamiento
al regresar de su viaje.

Además, se están curando
de otros diversos percances,
la señora de un teniente
que vive en mi misma calle,
y que iba en aquel tranvía
que rompió el escaparate;
un ingeniero de montes,
aviador principiante,
que se cayó de cien metros
por remontarse en el aire;

El chico titubeó.

—¡Sí, hombre!... Si me consta
que usted lo sabe.

El examinando mira con extrañeza al catedrático, pero no dice esta boca es mía.

—Vamos, señor Pérez, serénese usted, y conteste: ¡Si usted lo sabe!

El alumno, viendo tan amable al profesor, ya no pudo resistir más y exclamó:

—¡Por la zalá de mi mare que no lo sé!...

Hay estudiantes listísimos que al profesor más pintado de Medicina



ESTEVANILLO

le dejan absorto y confuso, citándole, en lugar de autores extranjeros, nombres enrevesados de fabricantes de botones y artículos de maquinaria.

O uno tan fresco que, al preguntarle el profesor el número de habitantes del Imperio chino y contestarle, le preguntó en tono zumbón el mismo catedrático:

—Bien, pero también habrá chinas, ¿no es eso?...

—Sí, señor... ¡Y chinitos!...—añadió sin inmutarse.

F. ROIG BATALLER.

Dibujos de ESTEVANILLO.

tres señores que en un buque tomaron también pasaje;
un carretero de Parla
que no va á pie aunque le maten;
dos chicos que, patinando,
se han expuesto á desnucarse,
y quince ó veinte vecinos
que se han caído en las calles.

Total, que hay la mar de gente que, por no saber cuidarse, está con las piernas rotas ó con heridas muy graves.

¡Y todo por la tontuna de moverse y agitarse, correr juergas, dar paseos, y emprender largos viajes!... ¡Qué infelices!... ¡Qué suicidas!... ¡Qué ganas de descrimarse!

Hagan lo que hace este cura si quieren vivir en grande. Que ¿qué hago yo?... ¡Lo de siem-
[pre!

¡No voy á ninguna parte!

• PIO GRACO.

En busca de marido.



De la viuda, la fama de exquisita elegancia,
Era ya conocida en casi toda Francia;
Sus preciosos vestidos de corte irreprochable
Habían hecho de ella un modelo envidiable.

Cuantas veces á pie por la calle salía,
La gente, entusiasmada y absorta, la seguía.
¡Qué trajes tan bien hechos! ¡Qué gusto! ¡Qué hermo-
[sura!
¡Qué preciosos matices! ¡Qué figurín! ¡Qué hechura!

Modistos y modistas, curiosos, dibujantes,
Fotógrafos y artistas, andaban anhelantes
Impresionando placas, haciendo algún diseño,
Haciéndola preguntas con incansable empeño.

¿Dónde se viste usted? ¿Quién le hace esos primores?
Se preguntaban todos. No hay vestidos mejores.
Mas ella se callaba. Nada les respondía.
—Quizá podáis saberlo—les decía—algún día.



Formaron un complot las señoras modistas,
Y á la viuda escribieron, mandándoles las listas
De preciosos vestidos de elegancia exquisita,
E invitándola, atentas, á hacer una visita.



En la Rue de la Paix, la viuda, sin cuidado,
Se presenta una tarde en el taller citado.
Mas apenas la incauta acababa de entrar,
La cogen de improviso y la atan á un pilar.

Veinte furias se lanzan á ella, que, sujeta,
Está inmóvil; y buscan furiosas la etiqueta
Para encontrar el nombre del artista en cuestión
Que le hace aquellos trajes que llaman la atención.

De aguantar mil molestias, la viuda, ya cansada,
Les dice: "Si es inútil; no habéis de encontrar nada".
"A mí me viste Fers." ¿Queréis trajes como esos?
Le tenéis en Madrid. Buscadle en LOS SUCESOS.

FERS.

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

—Soy yo—contestó el médico—Tenga la bondad de pasar.

El desconocido entró, y una vez en el despacho, preguntó:

—¿Es aquí donde hace algún tiempo, vino á curarse un caballero que se había caído de una bicicleta, y fué atropellado por un automóvil?

—Aquí fué, en efecto. Por cierto que escapó de una buena el pobre señor—replicó el médico—. ¡Qué suerte tuvo! ¡No sé como no fué cosa de más gravedad!

—Pues yo soy criado de ese señor—dijo el extranjero con amable sonrisa—, y me ha enviado aquí para que me vea con usted. La herida de la pierna que usted curó está perfectamente bien, pero tiene, de vez en cuando, un dolor en el costado que le molesta mucho. Según me ha dicho, se lo indicó á usted. Pues bien, no ha desaparecido del todo esa molestia. Esta mañana se ha levantado peor, y me ha mandado que venga á buscarle. Si no tiene usted inconveniente, mi amo desearía que fuera usted á verle inmediatamente en el automóvil.

El médico respiró:—¡Por fin!

Quizá iba á encontrar un enfermo que le diera medios de vivir á él, al médico.

—Y ¿dónde vive ese señor?—preguntó.

—En el West End de Londres—replicó el extranjero—. Un sitio que llaman Plaza de Saint James.

El doctor miró el reloj y exclamó:

—Estamos lejísimos de aquí, y vamos á tardar bastante en llegar, y antes de abandonar esto, tendré que encargar á un colega que tenga cuidado de mis enfermos y ver cómo abandono esto. Supongo que ese señor ya comprenderá que...

—Mi amo me encarga le diga—interrumpió el otro—, que está dispuesto á pagar lo que sea. Es rico y no le importa gastar el dinero. Como no ha estado enfermo desde que está aquí, no ha tenido ocasión de tratar á ningún médico, y como se va dentro de poco, y ya conoce á usted desde el día del accidente, quiere que sea el mismo doctor el que le visite. Se acuerda con gratitud de su esmerado tratamiento, y me envía en su busca.

—Perfectamente—exclamó el doctor Whiles—; puesto que estamos de acuerdo, le suplico me espere un momento, mientras escribo una cartita y vuelvo en seguida.

El doctor no tenía carta alguna que escribir, pero aprovechó aquellos momentos para arreglarse con lo mejor de su vestuario y acicalarse un poco. Volvió en busca del extranjero,

salieron y entró en el automóvil, donde quedó solo, pues el otro fué á sentarse al lado del chauffeur; así es que, el doctor, no tuvo ocasión de hacer pregunta alguna sobre su nuevo cliente.

Metido en aquel magnífico y cómodo vehículo, no tuvo otro recurso que entregarse á sus cavilaciones, mientras, con velocidad vertiginosa, se acercaba al punto de destino.

Al llegar á la Plaza de Saint James se acortó la marcha, y pasaron ante una elegante casa. Un lacayo de obscura casaca abrió la puerta, y en las escaleras, otro criado le saludó con profunda reverencia. El doctor estaba más que asombrado, emocionado. Todos los criados eran japoneses, pero estaban uniformados á la europea y eran correctísimos.

Un criado le hizo señal de que le siguiese, y así lo hizo.

El criado le dijo:

—El señor vendrá en seguida; tenga la bondad de sentarse y aguardar un momento.

El médico, hijo de una familia modesta, había hecho la carrera con mil sacrificios de parte de sus padres, y no estaba acostumbrado á tanto lujo y tanta magnificencia. Encontraba que aquello era una hermosísima mansión, pero tenía cierto aspecto misterioso que despertaba su curiosidad. El silencio de la casa, el espesor de las alfombras que amortiguaban los ruidos, la servidumbre hablando en voz muy baja, casi cuchicheando, la ausencia de mujeres, le extrañaba. Observó que las puertas eran muy pesadas y muy gruesas, los corredores muy anchos, la luz escaseísima. La habitación donde él se hallaba era hermosa, sin ser grande; agradable y risueña, admirablemente amueblada y del estilo más modernista que en su vida llegó á ver. La única tacha que le podría poner era que las ventanas tenían enfrente alta y lisa pared.

Un criado abrió la puerta, hizo respetuosa reverencia y dijo al doctor:

—Mi señor va á llegar dentro de breves instantes. ¿Qué refrescos ó bebidas puedo tener la honra de ofrecer al señor doctor?

El médico no quiso aceptar nada, y dió las gracias; el criado se retiró, y muy poco después entró en la habitación el príncipe Maíyo. El doctor se puso inmediatamente de pie, un tanto nervioso.

—¡Cuánto me alegro de volver á verle!—dijo el príncipe alargando la mano—. Me cuidó usted tan bien cuando me atropelló el automóvil, querido doctor, que hubiera sido imperdonable si en esta ocasión no le hubiese llamado.

—Y yo, señor, celebro mucho ver que no está usted tan enfermo como lo que su criado me ha dicho, según él, tenía usted grandes dolores en el costado, y hoy había empeorado.

—No es gran cosa; de vez en cuando me molesta un poco—añadió el príncipe acercando una silla y sentándose al lado del doctor—; un poco nada más, lo suficiente para procurarme el placer de llamarle y tener un rato de charla con usted. Y ahora, permítame que le ofrezca algo de beber, después de la tirada que, por mí, se ha dado en automóvil.

—Mil gracias; es usted muy amable, pero creo será mejor que antes le examine á usted.

—No, no, no—replicó el príncipe, haciendo gesto con la mano, al mismo tiempo que sonaba el timbre—. Eso puede esperar; ya me examinaré después. En mi país no consideramos que hemos recibido dignamente un huésped, si no comparte la hospitalidad en el momento de entrar en la casa—, y dirigiéndose al criado que acababa de acudir al llamamiento, le ordenó que trajera el whiskey y el agua de seltz.

Después que hayamos bebido tranquilamente—continuó dirigiéndose al doctor—, se tratará de mi enfermedad. Y dígame, ¿qué le pareció á usted el restaurant donde le vi cenando la otra noche?

El doctor abrió la boca, hizo un gesto de asombro y exclamó:

—¡Era usted, entonces!

—Naturalmente, querido doctor; yo creí que me había usted reconocido.

El médico se quedó absorto. ¡Cómo se había él de imaginar á un príncipe, á todo un primo de un Emperador pedaleando en una bicicleta á las doce de la noche, por los arrabales de Londres, entrar herido, lleno de polvo, indicando por señas las heridas que tenía bajo un modesto traje de lanilla!

El príncipe, como si no hubiese notado el efecto que sus palabras habían causado en el médico, continuó diciendo:

—Una de las cosas que más me han llamado la atención en Europa, ha sido la elegancia, el esplendor de los restaurants. Ya ve usted; ese lado de la vida europea, es completamente desconocido en Japón.

—Sí, en efecto; el restaurant donde fui invitado la otra noche, era espléndido—contestó el doctor—. Mi amigo y yo comimos en un cuarto reservado, pero estuvimos un rato en el gran comedor, para ver la gente.

—¡Hombre! A propósito—le interrumpió el príncipe—. ¡Qué casualidad, que mi íntimo amigo el inspector Jacks, sea también amigo de us-

ted. Es raro que una ciudad tan grande y tan populosa...

—No, si el inspector Jacks no es amigo mío—dijo el médico—. Hace poquísimo que le conozco, y apenas le trato.

El príncipe arqueó las cejas.

—Estos europeos—se dijo—no saben disimular; bien claro está que el policía le fué á buscar, y que no se conocían antes.

Después de un momento de silencio, el japonés habló así:

—Mi querido doctor Whiles. Tengo que decir á usted una cosa, y es necesario que me escuche con atención. Le he mandado llamar, no tanto por mi dolencia actual, como por el estado general de mi salud, que en estos últimos tiempos me trae preocupado. Pensando sobre ello, se me ha ocurrido que, lo mejor, sería tener siempre á mi lado un médico, que en cualquier momento dado pudiera estar cerca de mí.

El médico miró á su paciente con gesto de incredulidad, y le dijo:

—Pues por el aspecto exterior no parece sino que está usted muy sano.

—Quizá sea así—replicó el príncipe—. Quizá en este momento no tenga nada, pero eso no importa. Yo tengo aquí una larga servidumbre, secretarios, administrador, etc., etc., pero no tengo médico, y más que todo, le he llamado para ofrecerle á usted ese puesto, durante un par de meses.

—Es decir—dijo el doctor—que su deseo es que venga á vivir aquí?

—Esa es exactamente mi idea—replicó el príncipe.

Celebro mucho ver que me entiende usted; pero le advierto que le voy á hacer una proposición un poco rara. Además, como no sé si le gusta á usted el dinero ó no; pero debo advertirle que soy rico, y si acepta no saldrá perdiendo.

El médico contestó sin titubear.

—El dinero es lo que ando buscando hace años y no lo encuentro; no tengo dos reales, y me hace muchísima falta.

El japonés se echó á reír y exclamó:

—Me encanta su franqueza de usted, doctor, y ya que es tan franco, dígame ¿cuántos pacientes tiene en la actualidad?

El médico entornó los ojos, hizo como que hacía el recuento, y luego exclamó ingenuamente:

—Ninguno.

De nuevo el príncipe soltó la carcajada.

—Es usted, querido doctor, una persona encantadora. Sabido esto, le haré mis proposiciones con más confianza, en la seguridad de que aceptará, á pesar de alguna condi-

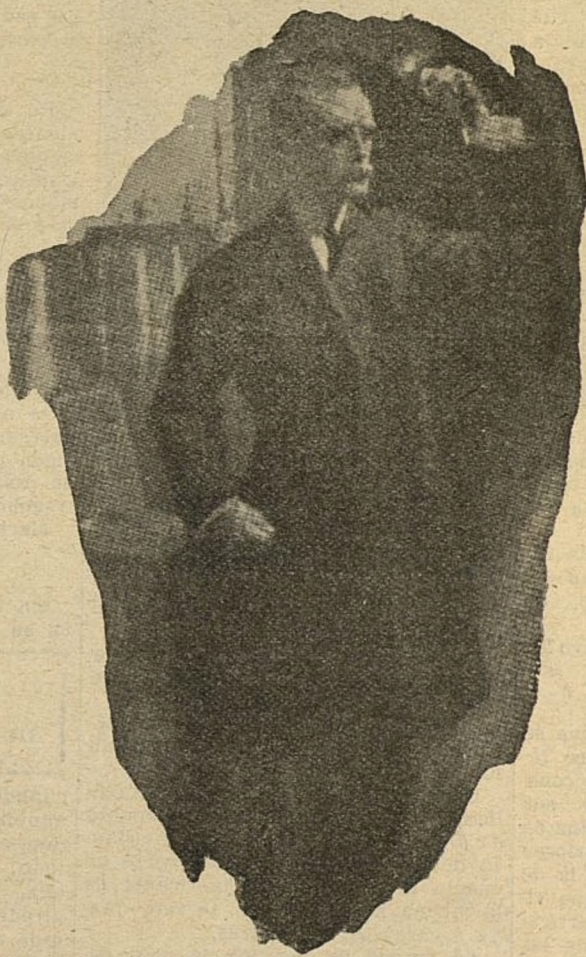
ción rara que le he de poner. Le propongo que durante un mes, quizás dos, acepte el puesto de médico de esta casa, por lo cual le ofrezco á usted la suma de seis mil duros.

El médico abrió la boca desmesuradamente, y con voz temblorosa y ronca exclamó:

—¡Seis mil duros!

—Supongo—continuó diciendo el príncipe con gran suavidad—que la suma le parecerá decentita; pero como ya le he dicho, hay un par de condiciones raras en el cargo.

—No me importan condiciones—dijo el médico nervioso y exaltado—; acepto, acepto!



permanezca á mi servicio, no ha de salir usted de ellas para nada.

Whiles le miró asombrado y preguntó:

—Lo dice usted en serio?

—Completamente en serio? Es más; es necesario que durante el tiempo que he mencionado no se entere nadie del sitio en donde se encuentra. Es necesario que sea un secreto entre usted y yo. Ya sé que es usted soltero; por consiguiente, no deja á nadie en la casa á quien le pueda interesar ó preocupar sus movimientos.

De todos modos, esta es otra de mis condiciones. Mientras dure su estancia en ésta, no ha de escribir usted á nadie, ni recibir cartas de nadie, ni visitas de nadie. Es necesario que en el punto de donde viene usted, se crean que ha desaparecido. En una palabra, señor, que al ver que usted no podía abrirse allí camino, ni pagar sus deudas, ha levantado el vuelo y ha desaparecido. Dentro de un par de meses, puede volver á deshacer el engaño ó no, como á usted le parezca. Eso es ya cuestión privada.

El doctor no pudo menos de sonreír. Desaparecer; precisamente eso era lo que había estado maquinando. ¡Qué casualidad! Desaparecer, sí; pero en lo que no había pensado era en volver á aparecer y regresar con seis mil duros. Esa idea no podía haber nacido en su imaginación. Se le presentaba una situación llena de encantos; un porvenir. Sin embargo, no las tenía todos consigo.

Meditó un momento, y preguntó al príncipe:

—¿De manera que tengo que vivir aquí, sin salir de estos dos cuartos; sin escribir á nadie, y sin recibir noticias de nadie? Sólo tengo que cuidar de usted. Bueno, pues ya que es usted mi paciente, venga ese pulso.

El príncipe le alargó la mano. El médico le tomó el pulso, y dijo:

—Pues señor; tiene usted el pulso completamente normal. No tiene usted absolutamente nada. Su salud es perfecta. Maldita la falta que le hace á usted médico alguno.

—Al contrario, mi querido doctor, al contrario. Yo necesito un médico, y ese es usted; el doctor Whiles en persona, y tan lo necesito, que por un par de meses le voy á pagar seis mil duros.

—Seis mil duros por no hacer nada; por estar aquí encerrado en estas dos habitaciones. ¿No es eso?—dijo el doctor.

—Eso es cuenta aparte, y no le debe importar—contestó secamente el japonés.

COSAS RARAS Y NUEVAS

La electricidad se usa en la actualidad para robustecer niños débiles, sometiendoles durante un cuarto de hora, seis veces al día, á corrientes eléctricas.

universalmente con el nombre de pájaro sociable.

D. Julio Nyssen, retocador fotógrafo de Badalona, nos envía la in-

además de llevar un collar molesto, broches peligrosos é ignominiosos pendientes, llevaban las manitas atormentadas con la friolera de ocho sortijas y tres brazaletes en cada mano.

El inventor de esta moda ha tenido que ser, indudablemente, un joyero, y esto nada de extraño tiene, pues el negocio es el negocio; lo raro es que los padres hayan acatado tal tormento para los infelices niños.

EL POLVO EN EL MAR

Por bien que se baldeen y barran los puentes de los vapores por la mañana, es seguro que al anoche- cer se vuelve á encontrar polvo á bordo.

En los modernos trasatlánticos, donde tanto carbón se quema, y que más que barcos son ciudades flotantes, se comprende fácilmente.

Pero lo raro es que, un buque velero, en un largo viaje haya tirado al mar veinticuatro grandes barriles de polvo.

El capitán, hombre observador y científico, no pudo dar con la solución de este enigma.

Una parte, desde luego, procede del velamen, de las jarcias, de la arboladura, que en su movimiento, y por el roce, produce polvo; pero es en pequeña cantidad, y no basta para explicar el fenómeno.

Para que el misterio sea más indescifrable, entre el polvo se han encontrado pedacitos de corcho, de madera y fibras de vegetales.

¿D dónde viene todo ese polvo?

Muchas son las curiosidades que se ven entre las aves en lo que se re-

PAJARO SOCIA- BLE

fiere á la construcción de sus nidos, pero una de las más curiosas es sin duda la de un pájaro que vive en Africa y que tiene la particularidad de tejer en las copas de los árboles una especie de gran paraguas donde una numerosa colonia de ave- cillas fabrica sus nidos. Debajo de



este gran dosel impermeable, la colonia vive en feliz compañía y a esta costumbre debe el haber sido bautizado por los indígenas y conocido



teresa fotografía que tenemos el gusto de publicar.

El matrimonio Agustín Borell y Mercedes Fausto, residentes en Badalona, es un matrimonio prolijo.

La esposa dió á luz en Octubre pasado tres hermosas criaturas en un solo alumbramiento.

El Rey hizo un donativo en metálico á los padres. El Ayuntamiento de Badalona se encarga de la crianza de uno de ellos; el otro corre de cuenta de un generoso fabricante de la misma localidad, y el tercero queda á cargo de los padres.

La verdad es que, con la poca población que tiene la península, y la emigración que, de día en día aumenta, buena falta hacen matrimonios como éste, y bien merece de la patria la pareja Rosull.

La inmensa mayoría de las modas es cruel. Si examinamos las prendas que tanto hombres como mujeres llevamos encima y la hechura obligada por lo elegante y lo chic, no tardaremos en convencernos que vamos llenos de cilicios y en un constante potro.

Por si era poco, la última moda ha venido para atormentar á los niños.

Estos, para ir elegantes, para no pasar por cursis, deben ir llenos de alhajas.

En algunos sitios del extranjero se han visto pobrecitas criaturas que

En la parte Sur de Rusia hay una moneda que vale tan poco, que doscientas de ellas valen cinco céntimos, y entre los malayos hay una aún de menos valor, pues la monedita sólo vale la milésima parte de un céntimo.

La escasez de criadas en Australia es tan grande, que hace poco llegó á Melbourne un buque de emigrantes, en el que iban cien domésticas en busca de colocación.

Al atracar el vapor al muelle, fué necesario que acudiera la fuerza armada para poner paz entre las amas de casa, que se querían llevar á las fregonas á la fuerza.

Maritornes, á Australia.

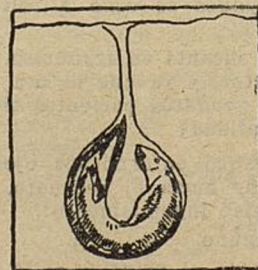
En las lagunas cenagosas de Africa se encuentran peces que algunas

PEZ DURMIENTE

veces alcanzan cerca de dos metros de largura.

Uno de ellos muy abundante en el río Gambia, cuando llega la estación seca que en aquella región dura todo Agosto y Septiembre, el pez se entierra en el lodo; hace una fosa, se enrosca en ella, y la tierra se endurece á su alrededor. Allí permanece en un estado de sopor durante la larga temporada, alimentándose de sí mismo, gracias á la gran cantidad de grasa que lleva en sí.

Al volver la estación de las lluvias, el agua empieza á reblandecer la



tierra, y cuando ésta ha sido disuelta, el pez sube de su tumba y vuelve á su vida natural.

En el agua pierde su somnolencia y nada con asombrosa rapidez,